

¿Cómo se aprende la cultura de la ilegalidad?

Alfredo Acle Tomasini

Las instituciones, como las leyes que les dan origen, funcionan en la medida que los ciudadanos crean en los valores que las respaldan y estén convencidos que anteponer el bien común al individual, termina por redundarles mayores beneficios. Esta simple convicción social se convierte en un elemento que diferencia a los países. Por ello, aun cuando en esencia las leyes que rigen al interior de las naciones sean similares porque responden a la naturaleza humana, su cumplimiento varía sensiblemente entre ellas; lo que en unas se considerara como obligación, en otras se asumirá, de facto, como una sugerencia.

La cultura de la ilegalidad se convierte en un lastre cuando una proporción importante de la sociedad entiende que la violación de la ley no es sólo una conducta aceptada, sin que además el hacerlo no le significa ninguna consecuencia. Así, cumplirla se transforma en un antivalor que separa a los astutos de los idiotas, lo que se refuerza en la medida que los primeros, pese a la evidencia de sus trapacerías, no son excluidos socialmente.

La penetración de la cultura de la ilegalidad no resulta gratuita para la sociedad, porque genera un ambiente de incertidumbre, perversión y desconfianza que termina corroyéndola. Álvaro Obregón afirmaba que ningún General resistía un cañonazo de cincuenta mil pesos de aquel entonces. Sin embargo, lo que no anticipó fueron las consecuencias de que hubiera más de un general, porque cuando ese comportamiento individual se convierte en conducta colectiva, entonces la sociedad se fragiliza en la misma medida que sus instituciones dejan de funcionar.

Pensamos que la tolerancia a la ilegalidad tenía un efecto inocuo en nuestro devenir como nación y que sus rasgos negativos podían contenerse a ciertos ámbitos, pero la realidad nos ha desbordado.

Por ello no nos debe sorprender la penetración que ha tenido el narco; nada de lo que éste ha comprado no se vendía antes en cada uno de tres poderes y órdenes de gobierno. Más aún, al amparo del poder público se han hecho fortunas similares o mayores a las que efímeramente acumulan los capos de la droga. Unos las ostentan sin disimulo y de ellas viven varias generaciones, los segundos tarde o temprano terminan por caer, ya sea por pleitos entre ellos o porque finalmente los atrapa o mata la autoridad.

Resulta una verdad de Perogrullo afirmar que la cultura de la ilegalidad no es algo que se transmite genéticamente, como también decir que es una conducta aprendida que se pasa entre generaciones y que se refuerza en la medida que se manifiesta como un comportamiento social.

¿Cómo asimila un niño la cultura de la ilegalidad?

Quizá para muchos infantes su primer contacto con una norma legal y con la forma como los adultos la acatan es el reglamento de tránsito. El niño aprende que una luz roja hace que sus

padres detengan la marcha del auto y una verde les permite avanzar o continuar su camino sin pararse en los cruces.

Qué aprenderá un niño sobre la legalidad cuando observa que su padre estaciona el auto en un lugar prohibido con el argumento de que todos lo hacen y que no importa porque la autoridad lo permite, además de que en caso extremo puede ser sobornable. Cómo entenderá un niño el cumplimiento de la ley cuando mira a sus padres conducir y hablar sin soltar el celular, poniendo en riesgo su propia vida y la de los demás.

Qué tan lejos en la vida de los niños llegan esas lecciones reiteradas que les damos los adultos y que desafortunadamente más adelante en otros ámbitos de su desarrollo van confirmando como ciertas. Más rápido de lo que suponemos, ellos aprenden que la legalidad no es binaria sino que tiene matices y que toda violación puede racionalizarse; “Al fin que es tantito”, “todos lo hacen”, “Es para ayudar a mis parientes”, “De que se lo lleve otro a que me lo lleve yo”, “el que no transa no avanza”.

Solemos pensar que el cambio empieza por los niños, por lo que el desarrollo de valores sociales y la transformación de la cultura social se dará en la medida que se les eduque, objetivo que solemos dejar en las espaldas de los maestros. Sin embargo, los valores se pueden aprender en la escuela, pero se maman en casa.

En la cultura de la ilegalidad está el origen de muchos de los problemas que hoy detienen nuestra marcha. A sangre y fuego la realidad del país nos dice que el verdadero costo de la corrupción no está en el dinero que se trafica, sino en lo que deja torcido. No seamos ingenuos, revertir este problema no se resolverá sólo educando a los niños, si antes los adultos, ya sea en calidad de autoridad o ciudadanos, no decimos actuar como tales.

alfredo@acletomasini.com.mx